

Desde hacía dos años, según hemos dicho, París había visto más de una insurrección. Fuera de los barrios sublevados, nada es más extrañamente tranquilo que la fisonomía de París en un motín.

París se acostumbra muy pronto á todo—un motín no es más que un motín,—y París tiene tantos negocios, que no se ocupa de cosa tan pequeña. Sólo estas ciudades colosales pueden dar tales espectáculos; sólo estos inmensos centros de población pueden contener en su recinto, á un mismo tiempo, la guerra civil y una extraña tranquilidad.

Por costumbre, cuando empieza la insurrección, cuando se oye el tambor, el toque de llamada, la generala, el tendero se limita á decir:

—Parece que hay jarana en la calle de San Martín.

Ó:

—En el arrabal de San Antonio.

Y algunas veces añade con indiferencia:

—Por ahí, en alguna parte.

Después, cuando se oye el estrépito horrible y lúgubre de la fusilería y de las descargas por pelotones, el tendero dice:

—¡Se va recrudeciendo! ¡Calla! ¡Se va calentando la cosa!

Un momento después, si se aproxima el motín, cierra apresuradamente su tienda y se pone en seguida el uniforme; es decir, pone en seguridad sus mercancías y en peligro su persona.

Mientras se fusila en una encrucijada, en un pasaje, en un callejón; mientras se toman y se pierden barricadas, y corre la sangre, y la metralla acribilla las fachadas de las casas, y las balas matan á los vecinos en sus alcobas, y los cadáveres se amontonan en las calles, se oye el choque de dos bolas de un billar á algunos pasos.

Los teatros abren sus puertas y representan *vau-devilles*; los curiosos hablan y ríen á dos pasos de esas calles en que reina la guerra; los coches hacen sus viajes; los vecinos se van á comer de campo; y algunas veces esto sucede en el mismo barrio en que está empeñada la lucha. En 1831 se detuvo una descarga para dejar pasar una boda.

Cuando la insurrección del 12 de mayo de 1839, en la calle de San Martín, un viejo achacoso, que llevaba un carretón con un trapo tricolor y lleno de garrafas de un líquido cualquiera, iba y venía de una barricada á la tropa, y de la tropa á la barricada, ofreciendo imparcialmente refrescos á la anarquía y al gobierno.

No hay nada más extraño; pero esto es un carácter propio de los motines de París, que no se encuentra en ninguna otra capital; porque para esto son necesarias dos cosas: la grandeza y la alegría de París; es necesario que sea la ciudad de Voltaire y de Napoleón.

Esta vez, sin embargo, en la alarma de 5 de junio de 1832, la gran ciudad sintió algo que era quizá más fuerte que ella. Tuvo miedo. Vióse en todas

partes, en los barrios más lejanos y más indiferentes, que las puertas y las ventanas estaban cerradas en pleno día. Los valientes se armaron, los cobardes se escondieron. El transeunte indiferente ú ocupado desapareció: muchas calles estaban desiertas como á las cuatro de la mañana. Referíanse en todas partes hechos alarmantes, noticias fatales.—Que *ellos* se habían apoderado del Banco;—que sólo en el claustro de Saint-Merry había seiscientos retirados y parapetados en la iglesia;—que la tropa de línea no inspiraba confianza;—que Armand Carrel había ido á ver al mariscal Clausel, y que éste había dicho:—«Contad primero con un regimiento»;—que Lafayette estaba enfermo; pero que, sin embargo, había dicho:—«Soy vuestro: os seguiré á todas partes mientras haya sitio para una silla»;—que era preciso estar apercebidos, porque á la noche habría gente que saquearía las casas aisladas en los extremos de París (en esto se descubría la imaginación de la policía, esa Ana Radcliffe que se mezcla en el gobierno);—que se había establecido una batería en la calle Aubry-le-Boucher;—que Lobau y Bugeaud estaban de acuerdo, y que á media noche, ó al rayar el día lo más tarde, marcharían á un tiempo cuatro columnas contra el centro del motín, la primera desde la Bastilla, la segunda desde la puerta de San Martín, la tercera desde la plaza de la Grève, y la cuarta desde el Mercado;—que quizá también las tropas evacuarían á París y se retirarían al Campo de Marzo;—que no se sabía lo que sucedería, pero que sería una cosa grave.—Discurrían mucho sobre las vacilaciones del mariscal Soult.—¿Por qué no atacaba en seguida?—Era evidente que estaba muy pensativo: el viejo león parecía olfatear en aquella sombra un monstruo desconocido.

Llegó la noche; los teatros no se abrieron; las pa-

trullas circulaban con aire irritado; se registraba á los transeuntes; se detenía á los sospechosos. A las ocho había más de ochocientas personas presas; la Prefectura estaba llena, la Conserjería atestada, la Fuerza atestada. En la Conserjería, en particular, el gran subterráneo, que se llama la calle de París, estaba cubierto de sacos de paja, sobre los cuales yacía un montón de prisioneros, á quienes arengaba con valor el hombre de Lyon, Lagrange. Aquella paja, movida por los presos, hacía el efecto de un aguacero. En otras partes los presos estaban al aire en los patios, unos sobre otros. En todas partes reinaba la ansiedad y el temor del día de mañana.

Se fortificaban en las casas; las mujeres y las madres estaban inquietas; no se oía más que esto:—«¡Ah, Dios mío! ¡Aún no ha vuelto!» Sólo muy á lo lejos se oía rodar algún coche. Se oían, al pasar por las puertas, rumores, gritos, tumultos, ruidos sordos y confusos, palabras sueltas:—«Esa es la caballería»: ó «Son los furgones que galopan»; los clarines, los tambores, la fusilería, y, sobre todo, el toque á rebato de Saint-Merry. Oíase el cañón. Los hombres salían de una esquina y desaparecían gritando:—«¡Meteos en casa!» Y todos se apresuraban á echar los cerrojos á las puertas. Algunos preguntaban:—«¿En qué concluirá esto?» Por momentos, á medida que la noche iba cayendo, París parecía colorarse más lúgubrememente con el formidable fulgor del motín.